Lección de México*

Por Antonin ARTAUD

Lo que vine a hacer a México

He venido a México en busca de políticos, no de artistas.

Y he aquí por qué: Hasta ahora he sido un artista, es decir, un hombre conducido. Es indudable que en el plano social los artistas son esclavos.

Ahora bien, estimo que esto debe cambiar.

Hubo tiempo en que el artista era un sabio, esto es, al mismo tiempo que hombre culto, un taumaturgo, mago, terapeuta y hasta gimnasiarca; todo eso que en el lenguaje de las ferias se llama "hombre orquesta" u "hombre Proteo". El artista reunía en sí todas las posibilidades y todas las ciencias. Después vino el tiempo de la especialización y también el de la decadencia. Esto es innegable. Una sociedad que pulveriza las ciencias es una sociedad degenerada.

Hay una enfermedad de las regiones polares que consiste en una alteración esencial de los tejidos: esta enfermedad es el escorbuto. Las células del organismo, faltas de un principio vital esencial, se desecan. Pero así como hay enfermedades de los individuos, también hay enfermedades de las masas. La generalización de las recolecciones industriales ha dado nacimiento, en el organismo de Europa, a una forma colectiva de escorbuto.

Éste es el rescate que ha debido pagar el progreso.

Toca al México actual, que se ha dado cuenta de las taras de la civilización europea, el reaccionar contra esta superstición del progreso.

Esto incumbe a los políticos y no a los artistas, puesto que los políticos han reemplazado a los artistas en la conducción de los asuntos del gobierno.

Se puede decir que el México actual está frente a un problema grandioso; y si yo he venido a México ha sido para estudiar, sobre el lugar mismo, las soluciones que haya de darle.

En efecto, se trata nada menos que de romper con el espíritu de todo mundo, y de reemplazar una civilización con otra.

El doctor Alexis Carrell, que también reconoce las taras de la civilización mecanizada de Europa, no deja de plantear la necesidad de una revolución en su libro titulado *El hombre, ese desconocido,* y hasta sugiere los medios para llevarla a cabo.

México, que ha hecho dos o tres revoluciones en un siglo, no tiene por qué temer una más; y es seguro que la próxima, si la hay, revestirá un carácter de gravedad excepcional, pues esta vez tendrá que resolver problemas fundamentales.

Solamente que esta futura revolución de México —y en esto consistirá su originalidad— no será una revolución fratricida, puesto que el México actual tiene un pensamiento unánime respecto a los destinos de la civilización. A esta unanimidad enternecedora es a lo que he querido asistir.

La cuestión, en el fondo, es la siguiente:

La civilización actual de Europa está en quiebra. La Europa dualista no tiene ya que ofrecer al mundo sino una inverosímil pulverización de culturas. De esta pulverización de culturas es preciso extraer de nuevo una unidad.

Ahora bien, el Oriente está en plena decadencia. La India duerme en el sueño de una liberación que sólo vale para después de la muerte.

La China está en guerra. Los japoneses actuales parecen ser los fascistas del Extremo Oriente. Para el Japón, la China es una vasta Etiopía.

Los Estados Unidos no han hecho otra cosa que multiplicar hasta el infinito la decadencia y los vicios de Europa.

Queda México con su estructura política sutil y que, en el fondo, no ha cambiado desde los tiempos de Moctezuma.

México, en donde se precipitan razas innumerables, aparece como difusor de la historia. De esta precipitación y esta mezcla de razas, debe extraer un residuo único. El alma mexicana saldrá de ahí.

Pero para formar un alma única se necesita una cultura única, y aquí es donde el problema se vuelve palpitante.

De un lado tenemos a la cultura, del otro a la civilización, y las dos pueden marchar en un sentido diametralmente opuesto. Si en Europa hay cien culturas, no hay en cambio más que una civilización. Esta civilización tiene sus leyes. El que está desprovisto de máquinas, cañones, aviones, bombas y gases asfixiantes, se torna necesariamente en la presa del vecino o del enemigo mejor armado: ved el caso de Etiopía.

El moderno México no podría escapar a esta necesidad y a esta ley. Pero, fuera de ellas, México posee un secreto de cultura legado por los antiguos mexicanos. Por oposición a la cultura moderna de Europa, que ha llegado a una pulverización insensata de formas y de aspectos, la cultura eterna de México posee un aspecto único. Ahora bien, esto es a lo que yo quería llegar: toda cultura sintética tiene un secreto. Con el tiempo y bajo la influencia de la civilización exterior de Europa, México ha abandonado el conocimiento y la utilización de ese secreto; pero —y éste es el acontecimiento sensacional de la época— se ha iniciado en México un movimiento para reconquistar su secreto.

Y cuando México haya realmente conquistado y resucitado su verdadera cultura, no habrá cañones ni aviones que puedan nada contra él.

Que se preste atención a lo que voy a decir, no se trata de frases de novela folletinesca. Bajo un aspecto pueril, esta afirmación encierra una verdad fundamental.

Toda transformación cultural importante empieza con una idea renovada del hombre, coincide con un nuevo brote de humanismo. Se vuelve a cultivar de pronto al hombre del mismo modo que se cultivaría un huerto prolífico.

Yo he venido a México a buscar una nueva idea del hombre.

El hombre frente a las invenciones, las ciencias y los descubrimientos, pero tal como sólo México puede dárnoslo aún, es decir, con esta armadura exterior a la descubierta, pero llevando en el interior de sí mismo las antiguas relaciones *anímicas* del hombre y la naturaleza que establecieron los viejos toltecas, los antiguos mayas y todas las razas, en suma, que de siglo en siglo han hecho la grandeza del suelo mexicano.

Bajo pena de muerte, México no puede renunciar a las conquistas actuales de la ciencia, pero tiene en reserva una antigua ciencia infinitamente superior a la de los laboratorios y los sabios.

México tiene su ciencia y su cultura propias, es un deber del México moderno el desarrollar esta ciencia y esta cultura, y tal deber constituye justamente la apasionante originalidad de este país.

Entre los vestigios hoy día degenerados de la antigua cultura roja, tal como puede encontrárseles en las últimas razas indígenas puras, y la cultura también degenerada y fragmentaria de la Europa moderna, México puede inventar una forma original de cultura que constituirá su aportación a la civilización de este tiempo.

Hay una tarea enorme por realizar en este sentido, y si yo estoy ahora en México es porque he sentido que esta enorme tarea, esta tarea de proporciones épicas —no debemos de tener miedo de pronunciar grandes palabras—, el México moderno la está realizando.

Debajo de las aportaciones de la ciencia moderna que descubre fuerzas día tras día, hay otras fuerzas desconocidas, otras fuerzas sutiles que no son aún del dominio de la ciencia, pero que pueden entrar en él algún día. Estas fuerzas forman parte del dominio anímico de la naturaleza tal como se la conocía en los tiempos paganos. El espíritu supersticioso de los hombres ha dado una forma religiosa a esos conocimientos profundos que hacían del hombre —si se puede aventurar el término— "el catalizador del universo".

Ahora bien, la conquista del México moderno, y la contribución de capital importancia que puede darnos ahora, consiste justamente en el descubrimiento de las *fuerzas analógicas* por medio de las cuales el organismo del hombre funciona de acuerdo con el organismo de la naturaleza y lo manda. Y en la medida en que la ciencia y la poesía son una sola y misma cosa, esto incumbe tanto a los poetas y los artistas, como a los sabios, como ha podido verse en los tiempos del *Popol-Vuh.*

Pero este redescubrimiento estará limpio, esta vez, de toda superstición, de todo alcance religioso, por pequeño que sea.

* Páginas del libro *México,* que, reunidos y prologados por Luis Cardoza y Aragón, congrega los textos escritos y publicados por Artaud en nuestro país. Próximamente aparecerá dentro de la colección "Poemas y Ensayos" de la UNAM.

Se trata, en suma, de resucitar la vieja idea sagrada, la gran idea del panteísmo pagano, bajo una forma que, esta vez, ya no será religiosa, sino científica. El verdadero panteísmo no es un sistema filosófico sino un medio de *investigación dinámica* del universo.

He ahí la lección que puede darnos el México moderno. Él toma las formas de la civilización maquinista de Europa y las adapta a su propio espíritu. ¡Qué importa que su espíritu sea, justamente, el destructor de esas formas!

Si las destruye, eso será con el tiempo, cuando él mismo esté armado ya de su propia fuerza, es decir, cuando ese espíritu de la antigua cultura sintética de los toltecas, de los mayas, se haya vuelto a fortalecer lo bastante para permitir que México abandone sin peligro la civilización europea. Esto, a su vez, no es una utopía, sino una realidad científica innegable. Si se quiere aceptar la idea de que el hombre es el catalizador del universo, se debe inferir de allí que las fuerzas morales del hombre vibran de acuerdo con las fuerzas del universo, y éstas, según las enseñanzas de la alta filosofía monista, no son ni físicas ni morales, sino que revisten un aspecto ora moral, ora físico, según el sentido en que se desea utilizarlas.

La cruz de Palenque contiene justamente la imagen sintética de esta doble acción.

Hay allí inscrita en la piedra la representación jeroglífica de una energía única que va del hombre al animal y a las plantas, a través de la cruz del espacio, es decir, a través de los cuatro puntos cardinales.

La cultura eterna de México

He venido a México para entrar en contacto con la tierra roja. Es el alma separada y original de México lo que me interesa sobre todo. Pero antes de enfrentarme con esta alma, y para estar seguro de tocar el fondo de ella, quiero estudiar la vida real de México en todos sus aspectos.

He llegado aquí con un espíritu virgen, lo que no quiere decir que sin ideas preconcebidas. Pero las ideas preconcebidas pertenecen al dominio de la imaginación; así pues, me las reservo.

No carezco de ideas sobre lo que fue, antaño, la verdadera cultura de México. Pero yo establezco una diferencia de fondo entre la civilización y la cultura. Las formas exteriores del arte pueden diferenciar entre sí a una multitud de civilizaciones, pero su variedad deja intacto el espíritu profundo de una cultura. Bajo diversos aspectos exteriores que sólo el arte diferencia, existe en México una aspiración cultural única; la cultura cobriza del sol.

Conozco casi todo lo que enseña la historia sobre las diversas razas de México y confieso, autorizado por mi calidad de poeta, que he soñado sobre lo que ella no enseña.

Entre los hechos históricos conocidos y la vida real del alma mexicana, existe un margen inmenso en el cual la imaginación —y me atrevo a decir que también la adivinación individual— pueden correr libremente.

Poseo, pues, una idea sobre la cultura maya, sobre la tolteca, sobre la zapoteca; y lo que me interesa ahora es volver a encontrar en el México actual el alma perdida de esas culturas y la supervivencia de ellas, tanto en el comportamiento de los pueblos como en el de los gobernantes.

México se encuentra en el camino del sol, y lo que se debe perseguir en él es el secreto de aquella fuerza de luz que hacía girar las pirámides sobre su base, hasta situarlas en la línea de atracción magnética del sol. Y no es éste un secreto de charlatán.

En mi actitud no hay nada que se asemeje a la nostalgia poética y estéril de un pasado muerto, sino el sentimiento de una ciencia perdida, de una actitud profunda del espíritu del hombre que considero de vital importancia volver a encontrar.

Si es cierto que poseo una idea de la cultura eterna de México, también lo es que no tengo juicio que formular, ni opinión que emitir sobre la política actual de México. No es ésta mi rama ni el asunto me atañe. Estoy aquí como espectador y me atrevería a decir que como discípulo. He venido a México a aprender algo y quiero llevar enseñanzas a Europa. Éste es el motivo de que mis investigaciones no puedan referirse sino a la parte del alma mexicana que ha permanecido limpia de toda influencia del espíritu europeo. No es la cultura de Europa lo que he venido a buscar aquí, sino la cultura y la civilización mexicanas originales. Me declaro discípulo de esta originalidad y quiero extraer enseñanzas de ella.

Se habla del espíritu latino de México. Y la primera cuestión que me planteo a mí mismo, es la de fijar la medida en que el espíritu europeo en su forma latina informa todavía el alma mexicana de hoy.

El espíritu latino es la cultura racional, es la supremacía de la razón. Contra este delirio de invenciones es contra el que es preciso reaccionar actualmente y el que, por otra parte, ha producido la industrialización química de las cosechas, la medicina de los laboratorios, el maquinismo en todas sus formas, etcétera. El maquinismo hace estéril todo esfuerzo humano y, en suma, conduce a rebajar el esfuerzo del hombre, a desesperanzar la emulación entre los hombres y a convertir en inútil y molesta toda investigación de la calidad. En cuanto a la medicina de los laboratorios, incapaz de percibir el alma sutil y fugitiva de las enfermedades, trata al hombre viviente como si fuera un cadáver.

Al espíritu latino se deben, además, las ideas democráticas de Europa; el nacionalismo; no el nacionalismo a secas, sino cierta forma de nacionalismo egoísta del que no adolece el México actual.

Antonin Artaud — Fotos de Pastier

Porque existe el nacionalismo cultural que afirma la calidad específica de una nación y de las obras de una nación y las distingue. Este nacionalismo es irreprochable. Y existe el nacionalismo que se puede llamar cívico, y que bajo su forma egoísta se resuelve en chauvinismo y se traduce en luchas aduanales y en guerras económicas, cuando no en guerra total.

En lo que se refiere, por ejemplo, a la medicina de los laboratorios, se debe saber que existe en Europa y particularmente en Francia una reacción en contra de esta medicina que se apoya casi exclusivamente en la experiencia y las experiencias, y que deriva sus conclusiones de los datos que le proporcionan el microscopio, la disección de la materia muerta, etcétera.

Debo señalar aquí un retorno al empirismo que, en su forma primaria, produce curanderos y merolicos, y que, en su forma trascendente se encuentra en la base de una fórmula grandiosa como la homeopatía.

La homeopatía, con su principio de similitud, se halla íntimamente ligada a la medicina de las plantas. Buscaré, pues, en México, la supervivencia de una antigua medicina de las plantas, relacionada con lo que se llama en Europa la medicina "espagírica", cuyo teórico más eminente fue Paracelso a fines de la Edad Media.

No tengo por el momento conclusiones qué sacar, pero me parece haber distinguido en México dos corrientes; una que aspira a asimilar la cultura y la civilización de Europa, imprimiéndoles una forma mexicana, y otra que, continuando la tradición secular, permanece obstinadamente rebelde a todo progreso. Por escasa que sea, esta última corriente contiene toda la fuerza de México y será en ella en donde encontraré las supervivencias de la medicina empírica de los mayas y de los toltecas; la verdadera poética mexicana que no consiste sólo en escribir poemas, sino que afirma las relaciones del ritmo poético con el aliento del hombre y, por medio del aliento, con los movimientos puros del espacio, del agua, del aire, de la luz, del viento.

La cultura profunda de México viene de muy lejos. Trae en ella la tradición de las razas que hicieron caminar un día la civilización.

He venido a averiguar, ante el ostensible derrumbe de la civilización actual de Europa, de qué manera se propone México afirmar su cultura tradicional y si, no tratando de resucitar formas gastadas de mi vida, aspira a probar la duración en él de un espíritu que, desde mi punto de vista de poeta, llamaré mágico; espíritu que, al ser considerado desde un punto de vista estrictamente científico, se convierte de hecho en la manifestación de una energía psicológica verdadera.

Por medio de esa energía infinitamente extendida en la naturaleza, el hombre de la antigüedad entraba, si se puede decir así, en posesión de los acontecimientos. Se sabe que para los mayas, por ejemplo, no existía el destino. La naturaleza no tiene poder sobre nosotros sino en razón de nuestra ignorancia y de nuestra ceguera secular.

Pero en el momento en que se habla de nuevo y casi en todas partes del humanismo, se presenta la ocasión de afirmar los verdaderos poderes, la alta potencia dominadora del hombre, que lo hace dueño de los acontecimientos.

Una cultura que considera el universo como un todo, sabe que cada parte actúa automáticamente sobre el conjunto. Sólo hace falta conocer sus leyes.

Conocer el destino es, en suma, dominar el destino, puesto que el mundo exterior cae bajo el dominio de la inteligencia tanto en el presente como en el futuro.

Por medio de datos astrológicos muy precisos, extraídos de un álgebra trascendente, es posible prever los acontecimientos y obrar sobre ellos. Los antiguos mayas llevaron a un grado de rara perfección tales datos y la posesión de esta ciencia.

Sentado lo anterior, concluyo que existe en el fondo de la verdadera cultura solar un sentido secreto que voy a tratar de determinar.

El sol, para usar el antiguo lenguaje de los símbolos, aparece como el mantenedor de la vida. No es el elemento fecundante, el soberano provocador de la germinación. Es todo eso, madura lo que existe, pero ésta es, si se puede decir, la menor de sus facultades. Quema, consume, calcina, elimina, pero no destruye todo lo que suprime. Mantiene la eternidad de las fuerzas por medio de las cuales la vida se conserva bajo el amontonamiento de la destrucción y merced a la destrucción misma.

Para decirlo todo de una vez —y en esto consiste el verdadero secreto—, el sol es un principio de muerte y no un principio de vida. El fondo mismo de la antigua cultura solar consiste en haber señalado la supremacía de la muerte.

Hay en la India adoradores de Shiva, "el destructor", y de Vishnú, "el conservador". Pero la destrucción es transformadora. La vida mantiene su continuidad por la transformación de las apariencias del ser.

Ahora bien, los adoradores de Shiva tienen por emblema el espíritu del fuego, la gran corriente devoradora de formas, esa especie de fuerza impulsora que convertía a los hombres cobrizos del antiguo México en mantenedores determinados de la muerte. Y esto no es una paradoja verbal.

Realizar la supremacía de la muerte no equivale a inutilizar la vida presente. Es poner la vida presente en su lugar; hacerla cabalgar sobre varios planos a la vez; sentir la estabilidad de los planos que hacen del mundo viviente una gran fuerza en equilibrio; es, en fin, restablecer una gran armonía.

He venido a buscar en el México moderno la supervivencia de estas nociones o a esperar su resurrección.

La falsa superioridad de las "élites"

Antes de aplastar a las "élites" es necesario primero comprenderlas, y, para ello, definirlas.

El mundo moderno que, espiritualmente hablando, está en plena derrota, que tanto odia, justamente, todo lo espiritual, debe restablecer, si quiere recobrar la paz, el equilibrio entre los dos movimientos de fondo por medio de los cuales se manifiestan —ya sea que se valgan de la cabeza o de las manos— una actividad y un dinamismo idénticos, cuya igualación integra al hombre completo.

Así como existe una formidable mala inteligencia, en el mundo presente, entre las facultades opuestas del espíritu y de la materia, asimismo existe una emulación o más bien una rivalidad entre el trabajo de las manos y el de la cabeza. Es innegable que las "élites" no tienen cabida en la sociedad de nuestro tiempo. La gran masa humana no se interesa en los trabajos del espíritu, y no sería exagerado afirmar que se apresta a reducir al hambre a quienes, con un desinterés que fue mejor reconocido en otras épocas, hacen profesión de entregarse al puro trabajo del pensamiento.

Pero antes de reducir a los intelectuales al hambre, antes de aplastar a las "élites" que edifican la gloria de una sociedad, y, sobre todo, que la hacen durar, la sociedad debe, por lo menos, ejercer un esfuerzo para acercarse a esas "élites", es decir, para determinarlas. Un hombre eminente con quien me quejaba yo de la triste situación en que han caído los artistas de Francia, me contestó: "¿Qué quiere usted? En nuestro mundo, los artistas fueron hechos para morir sobre un montón de paja, cuando no sobre la paja de los calabozos."

Le repliqué que hubo tiempos en que se daba a los artistas el lugar que les corresponde, esto es, el primero, y en que la sociedad tenía, hasta más allá de lo necesario, con qué proporcionarles medio de subsistencia.

Que el dinero se haya convertido en lo que hoy es —una especie de fuerza mayor y, si se puede decir así, una piedra de toque de la vida—, bueno, pero eso es un hecho, no una ley de evidencia. Y no porque las cosas sean así debe uno resignarse a aceptarlas como son. Hay muchas y muy elevadas razones para intentar una transformación.

¿Para qué sirven, entonces, las revoluciones, si no para restablecer el equilibrio social y para inyectar un poco de justicia en la injusticia de la vida? En el fondo de esta rivalidad, de esta lucha de las fuerzas opuestas del espíritu y de la materia, se encuentra un error de concepción que pertenece como cosa propia al mundo moderno: quiero decir que otros siglos la han ignorado.

Si en el mundo capitalista moderno, en donde el dinero está por encima de todo, existe, como no puede negarse, un desprecio característico por las "élites", el cual oculta a su vez el odio que inspira toda verdadera superioridad, ello se debe, justamente, a que el mundo moderno atribuye a las "élites" una realidad, una existencia que no tienen.

Los que trabajan con las manos se han olvidado de que tenían cabeza, los que trabajan con la cabeza, en general, pasan por la pena de creerse disminuidos cuando tienen que trabajar con las manos.

En estas condiciones, se explica el desprecio que sienten las masas comunistas por las actividades gratuitas del espíritu. El mundo moderno está en plena derrota porque desprecia los trabajos del espíritu, y hasta puede afirmarse que ha perdido el espíritu; pero éste, a su vez, se ha vuelto inútil, porque ha roto con la vida. Que las "élites" dejen de creer en su superioridad, que adquieran una humildad provechosa, que vuelvan al espíritu su antigua calidad de órgano, que presenten los trabajos de la inteligencia bajo un aspecto ventajosamente material, y como por encanto cesará esta guerra imbécil entre los

"El fondo mismo de la antigua cultura solar consiste en haber señalado la supremacía de la muerte"

refinamientos suntuarios del espíritu y el trabajo de las manos, que carece de valor cuando no es regido por la lógica de la cabeza.

Quiérase o no, las "élites" son el lastre, el contrapeso soberano que le permite a la vida el mantenerse derecha.

Los intelectuales ocuparán su lugar en la sociedad, cuando ésta tenga el suficiente entendimiento para comprender que existe una identidad absoluta entre las fuerzas del cuerpo y las de la inteligencia, y que el espíritu es la criba de la vida. No sostengo que el espíritu sea tan útil como el cuerpo; sostengo que no hay ni cuerpo ni espíritu, sino modalidades de una fuerza y una acción únicas. Y la cuestión de la rivalidad entre ambas modalidades no llega a plantearse siquiera.

Toca a los intelectuales emplear su fuerza espiritual en tareas que sean como la sal misma de la vida y no especulaciones del espíritu, de ésas que se llaman desinteresadas y gratuitas, pero que en realidad son tan desinteresadas y tan gratuitas que no sirven a nadie ni para nada. Lo cual no quiere decir que los intelectuales deban dedicarse a faenas obreras, sino que deben comprender, por fin, la utilidad funcional del espíritu.

Si el cuerpo y el espíritu son un solo movimiento, los intelectuales deben volver sus esfuerzos del lado en que el espíritu toca los ritmos de la vida enferma, y, como en los tiempos en que reinó la gran cultura unitaria de donde salieron todas las civilizaciones, volver a ser los curadores, los terapeutas de las altas funciones de la vida en el hombre, puesto que en el organismo desordenado del hombre de hoy es en donde se refleja el organismo desordenado del universo.

Masculino, femenino. Las sociedades antiguas consagraron en términos famosos el eterno antagonismo entre las fuerzas del espíritu, que son masculinas, y las fuerzas del cuerpo o de la materia, cuya pasiva pesantez es justamente femenina.

Sería cosa de una mágica astucia el resucitar hoy día esas viejas nociones sin las cuales la vida es incomprensible.

Ahora bien, para ello tenemos al alcance de la mano un órgano mágico, un arma que nos permite figurar la vida.

Esta arma de excepcional poder e inagotable fecundidad es el teatro. Pero la sociedad moderna ha olvidado las virtudes terapéuticas del teatro. La haríamos reír si le dijésemos que en los tiempos antiguos el teatro fue considerado como un medio excepcional para restablecer el equilibrio perdido de las fuerzas, y que en el aparato del teatro antiguo hay músicas y danzas de curación.

Se ha olvidado que el teatro es un acto sagrado que empeña tanto a quien lo ve como a quien lo ejecuta, y que la idea psicológica fundamental del teatro es ésta: que un gesto que se ve, y que el espíritu reconstruye en imagen, vale tanto como un gesto que se hace.

A esto se debe el que, como instrumento de revolución no haya nada mejor que el teatro; y por medio de él, por medio de esta arma disolvente y formidable, todo gobierno revolucionario perspicaz, dirige y asegura su revolución.

No hay revolución posible sin una integración de las "élites" a las masas, las que ganan así, por ese solo hecho, un elevado tono espiritual.

Con sus razas indígenas primitivas, en las que abundan las músicas y las danzas de curación, México está listo para entender una revolución semejante; y lo mejor de estas músicas indígenas de curación espera el momento de ocupar su lugar entre la masa de los trabajadores.

P. S. No hay motivo, en efecto, para no incorporar el arte popular de los indios a la "élite". Situar en el mismo plano cultural la vida del folklore y las investigaciones puramente intelectuales de los grandes escritores mexicanos, me parece que es un medio refinado de acabar con los antagonismos que existen entre la "élite" y la masa, entre el arte popular y el arte burgués, entre la vida intelectual y la vida instintiva, entre las efusiones de la mentalidad pura y las armonías, también intelectuales, de la vida orgánica de los indios.

P. S. Busco al doctor José Miguel Gómez Mendoza, muy versado en el conocimiento de la antigua medicina oculta de los toltecas. Si lee estas líneas, le ruego que me escriba dándome su dirección e indicándome dónde y cuándo podré encontrarlo.